



PRI: La lección de Coahuila

* Por Bulmaro Pacheco

Fue en 1988 cuando un sector de la opinión pública hablaba de expedirle el acta de defunción al Partido Revolucionario Institucional (PRI), al experimentar éste la fractura más importante de su historia: el hijo del expresidente Lázaro Cárdenas, Cuauhtémoc, aceptó postularse como candidato presidencial por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), llevándose con él a un importante grupo de priistas que influyeron notablemente para tratar de unificar a las izquierdas en 1989 con la formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Ese mismo año, el PRI perdió la primera gubernatura —la de Baja California— en manos del Partido Acción Nacional con Ernesto Ruffo Appel. Sin embargo, el PRI se repuso en la elección intermedia de 1991 ganando 290 de los 300 distritos electorales federales. En 1994 volvieron las versiones sobre la defunción del PRI tras el asesinato de su candidato presidencial, Luis Donaldo Colosio. Un sector de la opinión pública culpó al PRI y al expresidente Carlos Salinas del crimen. Sin embargo, en la elección de agosto de 1994 el priista Ernesto Zedillo ganó la presidencia con el

porcentaje de participación popular más alto registrado hasta la fecha: 77.8%.

En el año 2000, tras la elección de Vicente Fox como presidente de México y la derrota del candidato priista Francisco Labastida, surgió nuevamente la teoría del acta de defunción del PRI. “Ahora sí”, alegaban algunos de sus críticos para justificar sus predicciones.

En 2006 parecía que esas predicciones se cumplirían cuando el candidato presidencial del PRI, Roberto Madrazo, quedó en tercer lugar, detrás de Felipe Calderón del PAN —quien ganó la elección— y de Andrés Manuel López Obrador, de la alianza de izquierdas, que perdió con una diferencia mínima de 0.56% en una contienda tan competitiva que las izquierdas aún señalan como fraudulenta y llaman “espurio” a Felipe Calderón.

Algo pasó con las expectativas de cambio generadas por los gobiernos del PAN, que perdieron la elección de 2012 ante el candidato priista, Enrique Peña Nieto. Sólo duraron doce años en el poder. No hicieron cambios de fondo en el sistema político, y sus conflictos internos —derivados de las tensiones sucesorias (Creel vs. Calderón, Cordero vs.

Vázquez Mota) y del desplazamiento de cuadros panistas— generaron inconformidades no resueltas que echaron por tierra su idea de permanecer en el poder más de “cuatro sexenios”, como ellos mismos sugerían a quien quisiera escucharlos.

Peña Nieto comenzó muy bien su gobierno con un amplio programa de reformas estructurales que vitalizaron al sistema político y fortalecieron la viabilidad de México en el contexto internacional.

Sin embargo, al presidente Peña Nieto le ganó la frivolidad —en los asuntos personales, políticos y de gobierno— y un equipo de trabajo muy provinciano que echó por tierra la posibilidad de ampliar el dominio del PRI en el sistema político. Todo hace pensar que al retrasar hasta el último la nominación del candidato Presidencial del PRI, Peña Nieto le hizo el juego a las izquierdas. López Obrador ganó en 2018 con un partido político fundado apenas en 2014, que había disputado su primera elección federal y algunas locales en 2015. Venció ese año por amplio margen a los candidatos del PAN, Ricardo Anaya, y del PRI y sus

aliados, José Antonio Meade. López Obrador no dudó en cancelar el proyecto del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, que ya estaba en construcción, ni en echar abajo la reforma educativa y otras impulsadas por el presidente saliente, Enrique Peña Nieto, quien prefirió abandonar el país y residir en España, antes que quedarse a defender los proyectos que impulsó durante su gestión.

Los anunciados cambios y transformaciones proclamados por quienes llegaron al poder en 2018 no pasaron de buenos intentos y demasiados problemas sin solución, muchos de ellos vigentes hasta hoy. El PRI fue perdiendo gubernaturas hasta quedar con sólo dos: Durango y Coahuila; pero mantuvo presencia en los municipios, los congresos locales y el Congreso de la Unión. Así superó los retos electorales de 2021 y 2024, y se prepara para dar la batalla en 2027. No le fue mal en elecciones locales en Durango, Veracruz y, recientemente, en Coahuila. En Coahuila el PRI ganó los 16 distritos locales. El PAN, Movimiento Ciudadano y el Partido Verde Ecologista perdieron el registro

